

# EXAMEN DE CONCIENCIA

POR ANGINAR DE SANSOLER

Una norma que, por ser fundamental, siempre hemos de tener en cuenta para que nuestras acciones sean rectas, es la de hacer de vez en cuando un buen examen de conciencia. En nuestro deporte, que tan cargado está de factores espirituales, ésto es fundamental. Desde el día que empezamos a salir a la montaña adoptamos unas normas que debemos confrontar periódicamente con nuestros hechos. De esta comparación sabremos en última instancia si de verdad somos o no buenos y auténticos montañeros. Las líneas que siguen debemos pensarlas despacio y detenidamente. Creo que con ello podremos sacar buenas consecuencias.

Respecto a la montaña:

¿Sabes ir a ella con alma de niño, a extasiarte, a sentirla de veras y a comprenderla?

¿Procuras aprender a amarla, a captar con rectitud y claridad todo cuanto ella puede enseñarte?

¿Sabes aceptar resignadamente todas las incomodidades y contratiempos que la montaña te ofrece?

¿Llegas a cultivar tu sensibilidad aun con los detalles mínimos, como son, por ejemplo, los colores de una flor o el susurro de una fuente?

¿Respetas con cariño las vallas, los refugios, las fuentes, los animales, las flores...?

Evitas todo desorden o suciedad a tu paso, o eres de los que les gusta dejar escrito su nombre por todas partes donde pasan?

¿Haces de nuestro deporte algo que resulte racional, equilibrado y sano?

¿Procuras que el montañismo resulte para ti una verdadera escuela del cuerpo y del espíritu?

¿Procuras perfeccionarte progresivamente, de forma que tus conocimientos de todo tipo sobre la montaña sean cada vez más completos?

¿Practicas nuestro deporte por amor a la montaña o simplemente por mero deporte?

¿Es para ti nada más que un recurso para librarte del tedio de la ciudad?

¿Llegas al extremo de que el montañismo ocupe un lugar desproporcionado en tu existencia hasta el punto de que te estorbe o incapacite para los demás aspectos de la vida?

¿Sabes volverte atrás si la ocasión lo requiere, a la vista de peligros y dificultades?

¿Tienes conciencia del peligro o responsabilidad para desenvolverte en ciertos lugares?

¿Sabes respetar el «no» de la montaña cuando te lo diga en ciertos días?

Con respecto a tus compañeros:

¿Eres leal ante todo con tus compañeros?

¿Ayudas en la medida de tus posibilidades a que los demás comprendan y amen a la montaña?

¿Te comportas con tus compañeros como un verdadero camarada?

¿Ayudas al débil, al principiante o al inexperto? ¿O tratas de demostrar en todo momento tu superioridad?

¿Sabes comprender al compañero que practica el montañismo o lo entiende de forma distinta a la tuya? ¿O simplemente el que practica otro distinto o ninguno?

¿Tienes mal espíritu de emulación o te fastidia ver los triunfos de los demás?

¿Cuando se trata de tomar un acuerdo, sabes ceder de tu parte para que en la discusión se llegue a algo objetivo? ¿O tratas por todos los medios de imponer tu criterio?

¿Cuando tienes que convivir con otros grupos distintos al tuyo, procuras no hacer nada que les moleste o desagrade?

¿Eres de ese género de personas que en las excursiones colectivas vuelven al autobús a la hora que les viene en gana como si el vehículo estuviese a su exclusiva disposición?

¿Sabes hacer honor a tu condición de montañero en los albergues, chabolas y en general bajo todo techo que nos preste tu hospitalidad?

¿Sabes compartir con los demás si es necesario tu equipo, tu comida, tu entusiasmo, tus conocimientos?

¿Eres desinteresado ante un grupo o compañero que te necesita?

¿Tienes la humildad de reconocer que tus indicaciones eran equivocadas o tus conocimientos sobre un asunto insuficientes?

Esta serie de preguntas, claro está, podría alargarse indefinidamente porque el número de faltas es infinito. Cada uno tenemos que responder además a todo aquello que no se nos ha preguntado y que sin embargo nos hace desmerecer. Hagámoslo de vez en cuando y llegaremos a ser montañeros buenos y entusiastas, que es tanto como decir hombres buenos y amantes de la obra de Dios.